

EL DECLIVE DE LAS SOCIEDADES NEGRO-AFRICANAS

RESULTA evidente que en el Continente africano se asiste en la actualidad a un momento crucial en lo que se relaciona con su estructura política y sociológica. El hecho de haberse puesto en contacto, por la colonización, modos de vida antagónicos, sustentados en bases ideológicas totalmente distintas, ha provocado en el transcurso de pocos años una completa subversión de los principios fundamentales de las sociedades negras autóctonas, que se resquebrajan ante el embate de las nuevas ideas propagadas por la acción colonizadora.

La colonización ha cumplido, es cierto, la misión de defender a los pueblos débiles de la tiranía de los soberanos absolutos. Pensemos en M'Siri, en Bahanzin, en tantos otros déspotas negros, en esos reyezuelos de la costa occidental de Africa que durante medio siglo vendían anualmente cincuenta o cien mil de sus súbditos para ser embarcados por los negreros rumbo a América en condiciones infrahumanas. Si bien ha cumplido con su deber de poner fin a bárbaras costumbres, a tradiciones sanguinarias, a la prueba del veneno y del fuego, a la antropofagia y a los sacrificios humanos, no es menos cierto que ha contribuido a desarraigar una sociedad estabilizada fomentando su disolución sin proporcionar una fórmula aceptable que la sustituya.

La destribalización es el signo común a la joven generación africana. Es esta una evidencia comprobada a través de muchos estudios como los de Pendleton (1), referentes al Congo belga, donde ha demostrado la total destribalización entre los jóvenes. La exis-

(1) ROBERT L. PENDLETON: «The Belgian Congo: Impressions of a Changing Region». *Geographical Review*, 39. 3, 317-400, julio 1949.

tencia de un núcleo cada vez mayor de evolucionados y semievolucionados y la creciente facilidad para abandonar las aldeas y trasladarse a las urbes, la considerable demanda de mano de obra por parte de las empresas europeas, los salarios multiplicados; todo ello crea las condiciones necesarias para que la juventud se sienta atraída irresistiblemente hacia las nuevas condiciones de vida y proceda a la ruptura de los vínculos tradicionales. Entre todas las poblaciones negras se asiste a una decadencia de la vida agrícola y a una radical transformación de la sociedad y del género de vida.

De tal forma se ha destruído el equilibrio de la sociedad negra; el beneficio económico viene a ser individual e incluso desaparece el espíritu de comunidad; los países del interior se despueblan en provecho de las regiones costeras donde la vida es más activa; los jóvenes especialmente, a los que se exigen dotes de matrimonio cada vez más elevadas, tienen necesidad de dinero y se dejan atraer por los centros mineros y fabriles y las ciudades. Así se explica el extraordinario auge urbano, la disminución del cultivo y la amenaza del hambre que pesa sobre los países agrícolas. La civilización rural agoniza por la muerte lenta, pero inequívoca, de la célula inicial de la sociedad patriarcal: la familia. Una «nueva alma colectiva» sustituye gradualmente a la tradicional clánica y tribal. La disgregación de las viejas estructuras sociales fundamentadas en la tribu, arrastra al mundo negroafricano a una situación de extremada peligrosidad, porque en la vertiginosa evolución no ha habido tiempo de crear fórmulas sociológicas estables. Como afirma Geyer (2), en el corto espacio de una generación, millares de indígenas impregnados de costumbres ancestrales, abandonando sus territorios se veían lanzados a la vorágine de la vida industrial moderna.

Han faltado medidas que canalizaran esta transformación mediante una lenta evolución de las costumbres en un sentido favorable al individuo y, por consiguiente, a la civilización. No se ha hecho así y la mayor facilidad en las comunicaciones, al favorecer el contacto entre grupos humanos diversos, ha provocado, como natural consecuencia, una inquietud en la sociedad ancestral que desemboca en un éxodo nutrido de población campesina hacia los cen-

(2) D. A. L. GEYER: *Alguns aspectos do problema racico na Uniao do Africa do Sul*. Lisboa, 1951.

tros mineros y las urbes donde el desarrollo comercial e industrial brinda mayores posibilidades de trabajo y salarios más crecidos, pero donde, paralelamente, se crea un estado de espíritu totalmente ajeno a la mentalidad africana, un clima de paroxismo mental que debe tenerse en cuenta cuando traten de explicarse muchos fenómenos fundamentales del vigente mundo africano.

La agudización de estos factores provoca resultados catastróficos que se evidencian en los campos sociológicos más diversos. Así se explica que sobre la sociedad negra pese actualmente con destacados caracteres un grave problema demográfico. La natalidad decrece en muchos territorios a un ritmo vertiginoso. Así, para citar un ejemplo, consignaremos que la población indígena del Gabón francés ha disminuído en un 50 por 100 en tan sólo cuarenta años. Los índices de fecundidad que se registran en muchos países del Continente son ínfimos y la esterilidad alcanza índices muy elevados. La precocidad con que se lanza a la vida sexual la mujer negra, cuando su organismo no está suficientemente maduro, explica la frecuencia de contagios de enfermedades ginecológicas a las que hay que atribuir, por lo menos en un alto porcentaje, los frecuentes casos de esterilidad que se registran. Está comprobado que en la mujer negra, pasados los treinta años, la fecundidad es escasa. Estos antecedentes explican que, en aquellos países africanos en que la población no permanece estacionaria, su incremento demográfico es muy lento, lo cual es el caso general. Un ejemplo de este tipo nos lo proporciona Rodesia del Norte, donde la población africana, que era de 830.000 individuos en 1912, pasó a 1.310.000 en 1930 y a 1.610.000 en 1949. Es decir, que en treinta y siete años aumentó en tan sólo 194 por 100, mientras que la población europea, de tan sólo 1.700 almas en 1912, ascendía en 1949 a 32.000 habitantes.

Los profundos estudios de diversos sociólogos especializados en cuestiones africanas conducen a idénticas conclusiones. La migración, tema mayor del Continente a través de todas sus épocas, ha adquirido en los últimos decenios un carácter peculiar que la diferencia de las migraciones tradicionales. En el momento actual el éxodo no traslada a la tribu o a la familia, sino al individuo aislado, que a centenares y miles abandona su enclave tribal y marcha a las urbes o a las factorías, aislándose de la familia y de la sociedad autóctona, que pierde lentamente vigor. En un luminoso trabajo, Richard Mo-

lard ha mostrado (3) la vitalidad de una población en la que la proporción de los menores de veinte años alcanza el 509 por 1.000 entre los Peul. Esta es una de las claras consecuencias debidas a este tipo de emigración.

Junto a este hecho se produce el alarmante crecimiento de la delincuencia infantil y juvenil entre las masas desarraigadas de la sociedad tribal. «Los hijos de mujeres esclavas y otros desheredados del clan --afirma el R. P. Tisserant (4)-- que encontrando un medio de evadirse de los contratiempos de la vida en la aldea han marchado a la ciudad, a intentar fortuna. Entre éstos los hay que trabajan definitivamente, otros momentáneamente. Muchos han abandonado pronto la escuela, creyendo saber bastante, marchando a la ciudad en espera de encontrar una plaza de primera categoría y se encuentran en la necesidad de manipular balas de algodón o cajas de cerillas. Unos acaban por ser verdaderos ciudadanos, otros se trasladan a otra población. Muchos no quieren trabajar. Como es preciso vivir, recurren a todo género de procedimientos, incluso el robo, y acaban en las cárceles.»

Ahora bien, para comprender el alcance exacto de la transformación que se origina en la sociedad negra será preciso considerar primeramente cuál es la estructura tradicional. En su caso general, la sociedad negro-africana se descompone en grandes estratificaciones horizontales. Cada capa está formada por individuos de la misma edad. Esta agrupación por clases de edad no está constituida orgánicamente: la costumbre regula sus modalidades. La solidaridad que une a todos los miembros es real. En el seno de una misma clase de edad, las distinciones de casta se atenúan. Encierran a toda la sociedad en cuadros que son compartimientos estancos: la casta es hereditaria. Fuera de nobles y siervos, que ocupan los dos extremos de la escala, pero que no siempre existen, la distinción mayor es la que separa el trabajo de la tierra, considerado como ejercicio noble, de todas las otras técnicas. Este rasgo muestra hasta qué grado las sociedades africanas son sociedades campesinas ligadas a la tierra. A

(3) J. RICHARD-MOLARD: «Démographie et Structure des Sociétés negro-Peul», *Rev. de Geogr. Humaine et d'Ethnologie*, núm. 4, 1948-1949.

(4) Rev. P. TISSERANT: «Quelques remarques au sujet de la dot», *Bull. de l'Ins. Et. Centrafricaines*, núm. 4, Brazzaville, 1952.

veces se engloban en el mismo nombre de casta agrupaciones que no proceden de causas idénticas. En el seno de una misma sociedad se afirman casi siempre distinciones de clase que finalizan por consagrarse como estructuras sociológicas y adquieren prerrogativas hereditarias. En tal momento puede afirmarse que ha surgido la casta; por ser nobles o no, los individuos no continúan perteneciendo fundamentalmente al mismo grupo.

La ordenación de la colectividad negra es absolutamente biológica: al hombre le competen las funciones de dominio del medio y a la mujer el mantenimiento de la estirpe. La ínfima condición de la mujer en el seno de las sociedades negroafricanas, suministra la clave que interpreta la decadencia visible de los vínculos familiares. En todo el Continente, la condición de la mujer está regida por la costumbre que, generalmente, la relega a una situación poco brillante. Son escasas las excepciones de esta regla casi normal, especialmente en el África central. Entre ellas se puede considerar la del Ruanda-Urundi, donde su posición es casi igual a la del marido. En ese Protectorado la posición difiere según que se trate de una mujer muhutu o de una mujer mututsi. Hasta su casamiento, la muhutu está educada por su madre, que la inicia en los trabajos del hogar y del campo. Se preserva estrictamente su reputación a fin de no comprometer un matrimonio interesante, se limita su libertad de movimiento y se vigilan sus amistades. La mujer, y especialmente la madre de familia, goza de una gran consideración. El marido es el jefe de la familia, pero en asuntos importantes consulta con su esposa. Rasgo característico de los bantúes es que el matrimonio come junto. Los trabajos domésticos se reparten entre marido y mujer; en el primero recaen las tareas duras, tales como el corte de madera, trabajos en pantanos, cuidado del ganado mayor; en la mujer los más ligeros, preparación de alimentos, etc. En cuanto a la mujer mututsi, no puede salir del rugo (conjunto de cabañas enclavadas en el interior de un recinto) conyugal y no puede dedicarse a trabajos fatigosos. Cuando marchan de viaje con sus maridos van en hamaca. Goza de gran influencia política o social.

Evidentemente, la propia estructura de la sociedad negra — con predominio de la poligamia y de la poliandria — contribuye a su inestabilidad. Estas sociedades, sólidas en el pasado, se tambalean actualmente ante el empuje de los hechos e ideas occidentales que se

difunden entre los distintos pueblos merced a la educación y a la convivencia europea. Otros factores, que mencionaremos más adelante, favorecen este estado de cosas. Las características esenciales de la compleja sociedad poliándrica en Africa han sido estudiadas brillantemente por miss Mary Tew, que ha investigado, por encargo del International African Institute, la estructura social de algunos pueblos matrilineales, como los Lele, del Congo belga occidental. De los interesantes documentos etnológicos que aporta se desprende que, por su índole intrínseca, estas sociedades son fatalmente inestables cuando se hallan en presencia de estructuras más vigorosas como las actuales.

La poligamia es una institución fundamental de las sociedades africanas. La familia «persona moral», constituye una fuerte unidad en la que todos los bienes son comunes y donde el matrimonio forma un verdadero contacto entre dos grupos (5). Actualmente las dificultades materiales de la existencia limitan cada vez más la poligamia. A esta circunstancia se agrega la vigorosa lucha contra esta institución que desarrollan las mujeres de todos los medios, del Sudán occidental y alto Níger principalmente. De una manera general, los motivos económicos de la poligamia están mal interpretados: las expresiones «matrimonio por compra» y «precio de la novia» son puras invenciones, pues se trata, en realidad, de un cambio de prestaciones que afecta a los grupos aliados por el matrimonio de algunos de ellos.

M. Momo Toure, en la tribuna de la Asamblea, afirmaba: «La mujer negra no se compra ni se vende. Son términos impropios inventados para marcar la inferioridad de un pueblo. Esta libertad de juicio no puede hacer olvidar la realidad». Este testimonio es bien instructivo. Y la trascendencia social que este problema y sus interpretaciones implica es inmensa. No en vano fué motivo de amplias discusiones en las Jornadas Sociales de Bangui, por citar un caso concreto, donde constituyó tema preferente de discusión el «problema de la dote» en relación con varios países del A. E. F., Camerun y Congo Medio. Según los informes presentados, la dote entregada a los padres de la novia por el pretendiente constituye la esencia del matri-

(5) M. MADEIRA-KEITA: «Aperçu sommaire sur les raisons de la polygamie chez les Malinké», *Et. Guinéennes*, 4, 1950.

monio en el Africa negra. Todos los testimonios indican que es el vínculo y consagración de la unión su prueba formal y que sin ella el hombre y la mujer no se consideran más que en concubinato. La cuantía varía desde los 10.000 francos entre los Banda hasta más de 50.000 entre los Bafias del Camerún. En dicho Congreso se acordó, entre otras, la resolución de que se proscribieran las palabras «compra» y «venta» cuando se trata de la costumbre dotal, puesto que además de resultar ofensivas para la sensibilidad nativa, no reflejan bien la íntima esencia de la costumbre. La evolución actual, debida en parte a la introducción de la moneda, hace frágiles las uniones que no se operan más que con un objetivo mercantil. Las condiciones económicas y la situación política han introducido en la vida del negro, cambios bruscos de una intensidad jamás alcanzada, singularmente en el dominio de las relaciones familiares.

Para remediar este problema fundamental es conveniente fomentar el matrimonio de los jóvenes. Pero a ello se oponen las circunstancias económicas actuales que entorpecen esa política. Consecuencia del alza constante de la vida que en Africa, como en otros lugares, se deja sentir es la elevación que se nota en la cuantía de las dotes. Así, hace veinte años, entre las tribus del Africa oriental inglesa, para adquirir el derecho a una esposa joven, sana y trabajadora era preciso una dote de unas 30 cabras. Ahora el matrimonio se ha convertido para los indígenas en una quimera casi irrealizable. Una viuda exige una dote de 80 cabras y una doncella alrededor de 200. Se saben las consecuencias de las dotes elevadas: los matrimonios se hacen cada vez más difíciles a los jóvenes que no pueden en tiempos oportunos reunir el dinero necesario y la poligamia se recrudece entre los ancianos. Hasta estos últimos tiempos los viejos pagaban aún una parte de la dote en cabritos o borregos junto a otros objetos. Continúan haciéndolo con las bestias de sus rebaños. Los jóvenes deben comprar estos animales que si antes valían 50 francos ahora valen 1.000 o más y su salario no está en proporción a este aumento. Por ello se vuelve cada vez más difícil abonar la dote en especie o dinero. Probablemente es la ciudad la que ha provocado la locura de las dotes, como estima el P. Tisserant. Se pretende que el uso del dinero es su causa principal. Los matrimonios clánicos de los ciudadanos, los verdaderos matrimonios desde el punto de vista indígena, están necesariamente bajo la influencia de los clanes de origen del hombre y de la mujer

que discuten conjuntamente la cuantía de la dote. Esto ocurre en las aldeas. Cuando se sabe que el hombre tiene un sueldo en la ciudad y se le ve venir a la aldea bien vestido se le considera adinerado. La mujer que se dará representa, pues, para él un valor mayor que si él hubiera permanecido en la aldea. Es una concepción absurda, pero esto cabe dentro de la línea de pensamiento de los africanos. Antes y después del matrimonio, las exigencias se proporcionan a los ingresos que se supone obtiene el individuo. Ello provoca una locura colectiva que arastra a todo el mundo.

En el Africa negra se encuentra esporádicamente la costumbre del matrimonio por cambio de mujeres entre dos clanes. En muchos lugares en que no se practica hoy, existía anteriormente. Es el caso del Ubangui, donde hace menos de cincuenta años existía aún. Cuando este tipo de matrimonio se efectuaba, ocurría que las mujeres así cambiadas no eran de condiciones idénticas o con diferencias de edad, por lo que uno de los matrimonios no se podía efectuar hasta más tarde, siendo preciso reparar el perjuicio sufrido por uno de los clanes mediante el pago de una cierta suma: barras de hierro, animales u otros objetos. Los más pobres del clan, que no tenían derecho sobre una joven, no podían contraer matrimonio por cambio, sino que mediante su trabajo debían procurarse una determinada suma, con la cual se proporcionaban una mujer esclava o una que tuviera defectos. Esto era ya dote.

Las medidas adoptadas por las autoridades para robustecer el vínculo familiar son, generalmente, insuficientes. Un paso importante se ha adoptado en relación con el matrimonio africano en el Congo belga por la publicación del Decreto de 4 de abril de 1950, que condena la poligamia, estableciendo que, con efectos de enero de 1951, nadie podrá contraer matrimonio mientras subsista un matrimonio anterior. Otro tanto ha sucedido en los territorios franceses con el Decreto Jacquinot de septiembre de 1951, en el que se establecen determinadas reglas del matrimonio, indicando particularmente que los jefes de territorio determinarán la cuantía de la dote. No obstante, la eficacia de esta medida es dudosa si se tiene en cuenta, por una parte, el estado de evolución del africano y, por otra, que es preciso concentrar los esfuerzos para encontrar soluciones al problema de la educación y evolución de la mujer africana, sin cuyo requi-

sito carecerá de fundamento real toda pretensión de aplicar modificaciones a las costumbres ancestrales.

Otro factor que interviene decisivamente en el resquebrajamiento de la familia es el auge de la prostitución, que hoy constituye la norma general de vida entre considerables masas de la juventud femenina. La situación actual favorece la prostitución de las jóvenes. Estudios y estadísticas actuales han demostrado que las enfermedades venéreas que difunden constituyen un factor importante de la creciente esterilidad que se observa en las razas negras. En Brazzaville, la competencia de la mujer queda expresada por el hecho de que el 60 por roo de las causas judiciales conciernen a adulterio, divorcios, disputas sobre paternidad, derechos conyugales, incestos, etc. Las mujeres jóvenes hallan más ventajas en la prostitución o en uniones irregulares que en el matrimonio (6).

Estos efectos se notan también de una manera sensible en nuestros territorios del Golfo de Guinea, donde se presenta una disolución general de la familia y un incremento de la inmoralidad. Ante estos hechos, un destacado científico, escribe estas significativas palabras: «Es preciso cortar esa prostitución en masa de la juventud femenina, fenómeno gravísimo que se hace tanto más virulento cuanto más desquiciada está la sociedad indígena» (7).

Cuando marchan a las áreas urbanas los africanos necesitan formar nuevas asociaciones que reemplacen el vínculo familiar y las relaciones de aldea y tribu de las áreas rurales. En posteriores fases de urbanización, las asociaciones familiares se mantienen, por ejemplo, enviando a los niños a los parientes de las áreas rurales. En gran número de casos se constituyen nuevas asociaciones conyugales. Mientras las antiguas se desintegran gradualmente las nuevas se forman en las ciudades. Existen muchas cosas inestables como resultado de la presencia de varios varones solteros que, viviendo así, tienden a agravar el problema de formar nuevas asociaciones maritales. Estos hogares inestables crean muchos peligros sociales y afectan a la disciplina de los jóvenes. «Existen dificultades de vida familiar - escribe

(6) G. BALANDIER: «Sociological Approach to the "Brazzaville Blacks": Preliminary Study», *Africa*, 22, 1, 23-34; London, enero, 1952.

(7) J. M. CAPDEVIELLE: *Tres estudios y un ensayo sobre temas forestales de la Guinea Continental española*, Inst. Est. Africanos, Madrid, 1949.

Rheinallt Jones (8) - porque la población permanece estabilizada, hay una inadecuada acomodación para la familia por insuficiencia de alojamientos. Como la práctica de enviar los niños a los parientes del campo declina, crecen las necesidades para proveerles de casa.» Y este hecho contribuye a agravar el ya agudo problema.

Este ambiente general de disolución repercute considerablemente en la situación de los niños y adolescentes. Como explicaba el reverendo P. Gall en el coloquio de Brazzaville de 1952, el aumento de la infancia delincuente en las abrumadoras proporciones que se registra en la actualidad se debe a la efectiva disolución de los vínculos familiares. Las causas del mal, en su autorizada opinión, «proceden de la familia o, mejor aún, de la ausencia de familias auténticas. La inestabilidad de uniones ilícitas condena a los niños a la carencia de afectos, lo cual se complica frecuentemente por falta de medios materiales, subalimentación y vestido insuficiente».

Las consecuencias de estos hechos que acabamos de exponer muestran un panorama trágico con respecto a la familia africana. Puede resumirse con las palabras que Montagne dedica al panorama de la familia marroquí, cuyas conclusiones son válidas también para el África negra: «Disociación de la familia patriarcal, papel en aumento de la mujer en el seno de las uniones ilícitas, fragilidad creciente de éstas, prostitución, mortalidad infantil responsable en parte de una mala demografía son otros aspectos de una descomposición social evidente» (9).

Así vemos que en determinadas zonas se produce la mezcla inquietante de las gentes más diversas de la humanidad negra. Como expresa un eminente científico, «las ciudades superpobladas han hecho explosión. Los pobres diablos que vivían junto a un propietario, en parte explotados y en parte mantenidos por él han visto, con la ins-tauración de las comunicaciones mecánicas, caer los muros de su prisión. El automóvil les ha abierto las puertas de la tierra prometida, esas ciudades de la costa que les fascinan tanto como las aglomeraciones industriales. La emigración hacia las regiones periféricas ha al-

(8) J. D. RHEINALLT JONES: «The Effects of Urbanisation in South and Central Africa», *African Affairs*, t. 52, núm. 206, London, 1953.

(9) R. MONTAGNE: *Enquête sur le Protectorat Marocain*, Prot. de la Rep. Française au Maroc. Direction de l'Intérieur. Section Sociologique, 1952.

canzado, a partir de 1920, las proporciones de un alud de movimiento irresistible que se conjuga con el crecimiento natural de la población en esas zonas para aumentar la presión demográfica de manera inquietante. En contrapartida, en el campo del interior la carencia de mano de obra aumenta incesantemente».

* * *

Estos son algunos de los factores puramente sociológicos que intervienen en la disgregación de las estructuras tradicionales del Africa negra. Junto a ellos intervienen otros de índole puramente económica, de los que no podemos ocuparnos ahora, que contribuyen a fomentar el presente estado de disolución de las instituciones ancestrales. No es nuestro propósito prever el término de esta evolución en marcha. Parece probable que si la sociedad negroafricana, tal como se había conservado hasta estos últimos tiempos, está destinada a desaparecer, sus poblaciones tienen ocasión de sobrevivir y de tomar parte activamente en el desarrollo económico y cultural de sus países. No es posible predecir el rumbo que en los tiempos venideros, candentes para la humanidad negra, puede adoptar esta radical evolución.

JULIO COLA ALBERICH

